

Traductores del exilio: el caso argentino en España (1976-1983). Apuntes sobre el tratamiento de las fuentes testimoniales en historia reciente de la traducción*

Alejandrina Falcón

Universidad de Buenos Aires

Instituto Lenguas Vivas

alejafal@gmail.com

Resumen:

El objetivo de este artículo es presentar avances de la investigación plasmada en nuestra tesis doctoral « Exilio y traducción: importadores argentinos de literatura extranjera en España (1976-1983)» desde la perspectiva de los problemas metodológicos suscitados por el trabajo con fuentes testimoniales.

Palabras clave: exilio, traducción, importación.

Abstract:

The aim of this article is to present new findings in the research captured in our doctoral thesis, «Exile and translation: argentine importers of foreign literature in Spain (1976-1983)», from the perspective of methodological problems arisen by the use of personal interviews as sources.

Keywords: exile, translation, importer.

Résumé :

L'objectif de cet article est de présenter de nouveaux résultats de la recherche capturé dans notre thèse de doctorat, «Exil et traduction: les importateurs argentins de la littérature étrangère en Espagne (1976-1983)», du point de vue des problèmes méthodologiques posés par l'utilisation des sources testimoniales.

Mots-clés : exil, traduction, importation.

Introducción

En el artículo titulado “Subjectivity and Rigour in translation history. The case of Latin America”, George Bastin (2006) elabora un estado de la cuestión sobre la reflexión metodológica en historia de la traducción. El primer antecedente consignado data de 1997, año en que Jean Delisle propone examinar los métodos historiográficos existentes, clarificar sus exigencias científicas y optimizar posibles aplicaciones pedagógicas (1997: 1). Tras enumerar cinco maneras a su juicio “anacrónicas” de investigación histórica, Delisle pugna por incorporar una perspectiva interpretativa a la

* El artículo se enmarca dentro de la investigación doctoral “Exilio y traducción: importadores argentinos de literatura extranjera en España (1976-1983)”, para cuya realización contamos con las becas internas de posgrado tipo I y II, otorgadas por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet).

escritura de la historia de la traducción, en detrimento del mero registro de acontecimientos –“grandes” traducciones, “grandes” traductores–: la “historia-compilación, la historia-anécdota, la historia-biografía”, señala, retrocede frente a “la historia-síntesis, la historia-comprensión, la historia-explicación” (1997: 9). Unos años después, en 2001, Anthony Pym presenta una tipología de investigaciones históricas en traducción que corroboraba la importancia de la “modalidad interpretativa”, orientada a examinar e interpretar la aplicabilidad general de los datos y las fuentes disponibles (Bastin, 2006: 121-122). En fechas recientes, Clara Foz y Gertrudis Payàs exponen un caso concreto de investigación en la cual el tratamiento crítico de sus fuentes –las bibliografías hispanoamericanas coloniales y las bibliotecas americanas europeas– permitió revelar un excedente insospechado de información y sentidos sobre el objeto en estudio:

Con sus exclusiones e inclusiones –sostienen las autoras–, las bibliografías son representaciones, a su vez históricas, de universos intelectuales. Por lo tanto, además de hacer constar la producción textual, contiene indicios (otro de los términos de Ginzburg) del lugar que los textos y la escritura en general ocupan en estos universos, y ése puede ser nuestro punto de partida [...] En lugar o además de emplear las bibliografías para la extracción de datos sobre traductores y traducciones y empeñarnos una vez más en la dudosa empresa de ‘visibilizar’ la traducción –dudosa por lo que implica de ceguera a todo lo que no lleve a poner a la traducción en un pedestal–, podemos abrir esos densos volúmenes desenfocando el lente, dispuestos a captar en ellos los movimientos, cruces, afloramientos o inmersiones de traducciones y traductores (Foz-Payàs, 2011: 216).

Los autores citados apuntan, por tanto, al rol activo del investigador en la construcción del relato: “*la historia se construye* –sostiene Clara Foz– *con ideas, hipótesis e interpretaciones*” (2006: 135). En síntesis, la escritura de la historia de la traducción no consistiría en la mera descripción o relevo de información en fuentes que revelen un escenario en el que culturas en pie de igualdad, lenguas o textos se cruzan o entrelazan, y que el historiador traduciría ya en el catálogo de nombres, biografías o títulos de obras traducidas, ya en la gesta “visibilizadora” de individualidades a consagrar. En ese sentido, el primer paso en la construcción de una historia no centrada en el “acontecimiento”, concluye Bastin, es la multiplicación de los objetos y las fuentes –literatura menor, géneros populares, prensa periódica, literatura oral, etcétera– así como la consideración de un nuevo sujeto o actor, que trascienda el exclusivo foco puesto en “grandes nombres” de la cultura letrada: la multitud de traductores relegados.

Valiéndonos del aporte de los autores antes citados, el propósito general de estas páginas será exponer avances de la investigación plasmada en nuestra tesis doctoral desde la perspectiva de los problemas suscitados por el tratamiento de las fuentes. El objetivo particular de este trabajo será, entonces, presentar algunas reflexiones sobre el problema del uso de testimonios como herramienta para hacer “historia reciente” de la traducción. Estas reflexiones se derivan, por un lado, del recurso a documentos orales como complemento de documentos escritos; y, por otro, del tratamiento de materiales

impresos producidos por los actores estudiados en períodos posteriores al exilio, desde la década del noventa hasta la actualidad. Requeridos por el “silencio” informativo de las fuentes impresas tradicionales –traducciones, catálogos, bases de datos, paratextos, crítica, etcétera–, los métodos de “producción de la fuente” –entrevistas, comunicaciones personales, encuestas–, disponibles para quien indaga períodos recientes, imponen no obstante una reflexión metodológica referida a su tratamiento e interpretación (Franco, 2007: 39)¹.

1. Una escena de traducción argentina en el exilio

Nuestra tesis doctoral indaga una “escena de traducción”² argentina que se desarrolló fuera de los límites del territorio nacional, en el exilio³. Sus actores son argentinos que se exiliaron en España o, según nuestro recorte, en Barcelona a mediados de la década del setenta. La condición de posibilidad de esta “escena de traducción” es, por tanto, la existencia de un conflicto en una escena previa: la represión político-cultural impuesta por la dictadura argentina y la crisis de la industria editorial argentina que motivaron el exilio de escritores, periodistas, docentes, traductores, editores –editoriales y catálogos–, entre otros agentes culturales. El objetivo ha sido reconstruir, desde el punto de vista de la traducción y la importación de literatura, las prácticas escriturarias y las representaciones de esas prácticas producidas por emigrados durante y después del exilio en España. Partiendo del estudio inicial de las representaciones metafóricas del exilio en sede literaria⁴, en especial de aquellas metáforas que hacen de la lengua el “meollo del exilio” (Cohen, 2006), indagamos la producción de los exiliados en España desde una perspectiva que se propone trascender los enfoques del exilio circunscritos a figuras individuales de escritores con trayectorias visibles en el campo literario argentino. A tal fin, estudiamos las prácticas de importación de literatura extranjera derivadas de la presencia de mano de obra emigrada en la industria editorial

¹ Marina Franco sostiene al respecto: “Desde un punto de vista metodológico —y también ético—, reflexionar sobre estos elementos es esencial para todo investigador. En primer lugar, porque permite comprender mejor la forma en que se produce la narrativa conversacional en la interacción entrevistador-entrevistado. En segundo lugar, porque contribuye a una reflexión atenta sobre el propio lugar del historiador en cuanto co-productor del relato y, por tanto, una vigilancia epistemológica imprescindible sobre su rol como intelectual en la instancia de producción de conocimiento” (2007: 38).

² En su formulación inicial, esta noción se desarrolla en Catelli y Gargatagli (1998: 13). En un trabajo posterior, Patricia Willson (2008) reelabora la noción mediante la articulación de diversos aportes conceptuales específicamente traductológicos –procedentes de los estudios descriptivos de traducción, de la sociología de la traducción y de la historia de las transferencias culturales–; e introduce cuatro parámetros que permiten tanto construir como analizar una “escena de traducción”.

³ Adoptamos la definición de esta categoría analítica propuesta por los historiadores argentinos del exilio reciente: “El exilio formó parte de las prácticas represivas ejercidas por el poder estatal y paraestatal, junto con la desaparición forzada y sistemática de personas, el asesinato, la tortura y cualquier forma de ejercicio de la violencia política” (Franco, 2008: 17).

⁴ Tema desarrollado en el primer capítulo de nuestra tesis, titulado “Testimonios y polémicas: las metáforas del exilio”. Véase también: “‘El escritor es siempre un exiliado’: sentido y uso de la metáfora del exilio literario”, en: *Fragments: Revista de Língua e Literatura Estrangeiras*, Universidad Federal de Santa Catarina, Florianópolis, Aceptado septiembre de 2012, en prensa.

española, en particular catalana, para la cual numerosos exiliados trabajaron en calidad de traductores, directores de colección, redactores, correctores, lectores, entre otras funciones editoriales. Nuestro enfoque apuntó a relevar en especial las problemáticas traductivas vinculadas con la identidad social y lingüística de los agentes importadores –es decir, su condición de inmigrantes, exiliados políticos, sudamericanos, intelectuales– en el país de acogida.

Así pues, el sujeto de esta escena es un sujeto colectivo, plural. La noción “biografía colectiva de importadores literarios” (Wilfert, 2002) permitió abordar el elenco de temas y problemas ligados a la producción literaria en el exilio desde la perspectiva de prácticas dominadas en la jerarquía de las prácticas literarias, tales como la *traducción* o la *seudotraducción*. Silenciadas, menos prestigiosas que las escrituras directas, estas prácticas y sus agentes iluminan sin embargo la inscripción de lo social en la actividad literaria exiliar de otro modo que “*las mitologías retrospectivas y las representaciones legadas*” por escritores, “*preocupados por distinguirse del común de los mortales literarios por sus redes internacionales*” (Wilfert, 2002: 40).

En cuanto a la justificación del recorte geográfico, nuestra elección de la escena española, en particular catalana, como contexto específico en el cual situar nuestro objeto se funda en la premisa según la cual las dinámicas político-culturales del exilio deben individualizarse según los países de acogida (Mira, 2004: 87). Así pues, nuestro recorte obedece a los rasgos propios de una escena de traducción que vincula pertinentemente “exilio y traducción”, a saber: España fue una de las sedes de exilio argentino más importante en términos cuantitativos; entre los motivos de la elección, cuando la hubo, suelen mencionarse tanto la cercanía lingüística y cultural, cuanto los vínculos creados por las grandes migraciones de finales del siglo XIX y comienzos del XX, reactivados por el entonces reciente exilio republicano español en América (Mira, 2004: 87). Sin embargo, en el caso de agentes culturales –entre los que figuran traductores con trayectoria previa, profesional u ocasional, y futuros traductores–, a esas motivaciones lingüístico-culturales podrían añadirse factores económicos y profesionales: las dos grandes ciudades españolas que fueron sede de exilio, Barcelona y Madrid, eran florecientes capitales de la edición.

Por consiguiente, si tal como sostiene Jean Delisle, la historia de la traducción está ligada a la historia de las ciudades que fueron “*grandes capitales de la traducción*” o “*centros de intensa actividad*” traductora (2003: 225), el exilio argentino de los años setenta en España puede considerarse un nuevo caso de las relaciones históricas entre “exilio y traducción”⁵ en virtud de la condición de centro de producción librera de las

⁵ Sobre “exilio y traducción”, se registran dos estudios paradigmáticos sobre casos nacionales: el caso del exilio alemán (1933-1945) y el caso del exilio republicano español (1936-1975). El primero es la obra enmarcada en la historia de las transferencias culturales: *Migration, exil et traduction. Espaces francophone et germanophone XVIII-XX siècle* (2011), dirigida por Bernard Banoun, Michaela Enderle-Ristori y Sylvie Le Moël, del grupo “TraHis: Histoire de la traduction”. El segundo estudio es el de José Francisco Ruiz

ciudades que constituyeron polos de emigración. En efecto, porque numerosos intelectuales, periodistas, escritores, editores, traductores, estudiantes y profesionales liberales argentinos emigraron a dos centros editoriales de habla hispana, hoy podemos hablar de un cruce significativo entre la historia del exilio argentino y la historia de la traducción de libros en el ámbito hispanoamericano.

2. Identificación de traductores argentinos: el silencio de las fuentes tradicionales

Ahora bien, ¿quiénes fueron los traductores del exilio argentino? Para dar respuesta a esta pregunta, procedimos a indagar las fuentes impresas pasibles de identificarlos: catálogos editoriales y soportes de traducciones editadas en España, reseñas y críticas de traducciones, diccionarios de traductores hispanoamericanos, bases de datos como el Index Translationum y el ISBN español, catálogos de bibliotecas españolas y argentinas, entre otras fuentes tradicionales, y asimismo materiales impresos del período exiliar y pos-exiliar, tales como compilaciones de testimonios, entrevistas en la prensa cultural, ficciones, paratextos varios. Así, constituimos una nómina inicial de traductores argentinos emigrados. Sin embargo, la metodología del relevo de información en fuentes preexistentes, de origen español o argentino, presentó dos obstáculos vinculados con el lugar del traductor en la cultura impresa, en general, y con el criterio “nacional” aplicado a una investigación cuyo objeto tenía dimensiones “transnacionales”, en particular: los soportes de traducciones y demás materiales consultados rara vez arrojaban información sobre el origen regional de un traductor “hispanoamericano”, tal como señalamos en otra parte (Falcón, 2012: 1), y aún menos sobre la identidad “exiliado” o emigrado político⁶. Así pues, dada esta limitación de las fuentes disponibles, fue necesario recurrir a testimonios orales, es decir, “producir” la fuente de información mediante entrevistas y encuestas con los actores del período. A medida que los contactos se establecían, pudimos confirmar o desechar nombres de posibles traductores y escritores por encargo a indagar. Se constituyeron “listas” de importadores literarios exiliados, elaboradas por los actores consultados.

Una de ellas consignaba nombres tales como Susana Constante, Marco Galmarini, Ana Goldar, Eduardo Goligorsky, Matilde Horne (Matilde Zagalsky), Francisco Porrúa (y sus seudónimos) y Ricardo Potchar. Otra, la más completa, compilaba bajo la rúbrica “Traductores y escritores por encargo (Barcelona)”, los nombres de Matilde Horne, Alberto Speratti, Alicia Galloti, Ernesto Frers, Alejandro Vignati, Horacio González Trejo, Ana Basualdo, Alberto Szpunberg, Marco Galmarini, Mario Sexer, Marcelo Cohen, Álvaro Abós, Marcial Souto, Alberto Cousté, Marcelo Covián, Horacio

Casanova: *Dos cuestiones de literatura comparada: traducción y poesía; exilio y traducción* (2011) y el artículo publicado en la revista digital *Saltana*, titulado “Exilio y Traducción” (2008).

⁶ La identidad “exiliado político” no sólo no se registra en los soportes de traducciones: es apenas rastreable en los soportes de escrituras directas –solapas, tapas, reseñas de novelas y relatos–, pues por lo general se oculta tras eufemismos varios: “se instaló”, “se radicó”, “vive en Barcelona/Madrid desde hace décadas”, etcétera. Un caso de interés es el de Clara Obligado, cuyo último libro (2012) anuncia desde la solapa “Exiliada política de la dictadura militar, desde 1976 vive en España”.

Vázquez Rial, Juan Manuel González Cremona, Mario Muchnik. Por último, otras dos registraban: Andrés Ehrenhaus, Mario Merlino, Celia Filipetto, Silvia Komet, Daniel Najmías, Jonio González, Carlos Vitale, Edgardo Dobry, Alejandra Devoto.

Algunos nombres se repetían, muchos sin duda faltaban: Juan Martini, Carlos Sampayo, Carlos Peralta, Ana Becció, Roberto Bein, Rodolfo Vinacua, entre otros. Sin embargo, ni presencias ni omisiones constituían el núcleo de la información que esas listas contenían.

2.1. Las “listas” de traductores como representaciones del exilio

Las listas de traductores provistas por los actores exigían analizar el valor y la función que daríamos a los testimonios –orales o impresos recientes– en la fase de descubrimiento. ¿Por qué? Porque al investigar esos nombres y establecer contacto con algunas de las personas físicas a las que representaban, se puso de manifiesto que no todos eran exiliados o emigrados de la dictadura. Muchos sí lo eran, por cierto. Y habían llegado entre 1974 y 1978 a Barcelona como represaliados de la Triple A o emigrados de la dictadura argentina a partir del golpe de estado de 1976. Pero otros habían llegado en esas fechas por motivos ajenos a la situación política, y anunciaron de entrada no considerarse “exiliados en sentido estricto”, como Ricardo Pochtar. Otros habían llegado en los primeros ochenta pero no registraban trabajos editoriales ni traducciones en España hasta finales de la década, como Jonio González; y otros por fin habían emigrado en plena democracia, después de 1983, como Edgardo Dobry, radicado en Barcelona en 1986, y aun durante la década del noventa, como Alejandra Devoto, y por tanto conformaban “*esa corriente migratoria persistente que por sus características, magnitud y continuidad pueden ser consideradas con razón un fenómeno estructural*” de la sociedad argentina (Lates; Oteiza, 1987: 18). En síntesis, la diversidad de motivos para emigrar no coincidía con el recorte cronológico del objeto de investigación; se imponía, entonces, una revisión de las modalidades de exhibición de los datos: ¿cuál era el valor historiográfico de esos listados de “traductores exiliados” producidos por los testimoniantes? ¿Tenía sentido consignarlos sin antes interpretar los motivos de su construcción *en el presente*, sin inscribirlos en un contexto pasible de explicarlos?

En síntesis, este escollo metodológico, derivado del trabajo con testimonios orales, planteó la pregunta por el modo en que debíamos llevar adelante la doble tarea de historiar una escena *reciente* de la traducción argentina y dar al “traductor exiliado” un lugar como sujeto en ese relato, conforme a la conocida prédica de Antoine Berman. Pues, para dar cuenta de la relación compleja entre “exilio y traducción”, ¿alcanzaba con establecer una abultada nomenclatura de traductores y traducciones hechas en el exterior? ¿No era acaso necesaria la reconstrucción del elenco de temas, problemas y prácticas pasibles de transferir la identidad social “exiliados argentinos en España” a una nomenclatura de traductores o traducciones? Las listas –de nombres, de obras, de editoriales– a menudo son presentadas como “dato duro”, como si constituyeran una garantía contra la “mera”

interpretación⁷; sin embargo, la ilusión de objetividad que las “listas-dato” generan oculta que el dato supone ya una operación analítica. Por consiguiente, quien define quién es qué forma parte de la información procesada en el dato. El carácter “testimonial” de las fuentes redobla la necesidad de abordarlas críticamente.

Tal era nuestro caso: la confección de listas por parte de los actores aportaba una información suplementaria respecto de cómo concebían la identidad “exiliados”; las listas dejaban traslucir las distinciones que algunos *no* establecían, y que otros *ya* no establecían –a más de treinta años del inicio del exilio–, entre exiliados políticos, emigrados económicos, viajeros literarios o académicos trasladados. Es decir, las “listas de traductores” revelaban la representación del exilio que *no* primaba: una práctica represiva o un efecto de prácticas represivas, limitada a la temporalidad de la historia política argentina y restringida al período iniciado en 1974 y finalizado en 1983, con el inicio de los retornos. Esa indistinción debía ser interpretada. El extenso rodeo necesario para explicar la constitución de esas listas nos condujo sin embargo, de manera imprevista, al núcleo de nuestra investigación: el problema de la variedad de lengua en traducción y la relación de los exiliados con la industria del libro peninsular.

2.2. Las jornadas “Los pelos en la lengua”

¿Cuál podía haber sido el criterio de selección que había primado en la operación de construir esos “listados” diversos y heterogéneos que no distinguían entre exiliados, “quedados”, emigrados, escritores viajeros o residentes de larga data? Varias son las hipótesis posibles. Una de ellas es la existencia de redes de sociabilidad que incidían en la construcción retrospectiva de un “nosotros” anacrónico. Puesto que muchos de los importadores literarios encuestados no regresó, o no inmediatamente, al país tras el fin del exilio, la continuidad o discontinuidad de los vínculos intelectuales, profesionales o afectivos trabados en las décadas pos-exiliares podían determinar la inclusión de agentes procedentes de migraciones anteriores, posteriores, superpuestas e integradas al colectivo de los “argentinos exiliados en Barcelona”. Esta hipótesis podría demostrarse reponiendo el contexto de la siguiente lista: “Nora Catelli, Ana Teberosky, Dante Bertini, Ana María Gargatagli, Carlos Sampayo, Daniel Alcoba, Edgardo Dobry, Teresa Martín Taffarel, Francisco Porrúa, Horacio Vásquez Rial, Enrique Lynch, Marcelo Cohen, Zulema Moret, Jorge Grant, Antonio Tello, Neus Aguado, Mario Satz, Marcial Souto, Flavia Company, Silvia Kohan, Andrés Ehrenhaus”.

⁷ De gran interés es observar los problemas metodológicos que José Luis De Diego registra en el área de la historia de la edición. Por un lado, advierte sobre el riesgo de la interpretación sin “dato puro” y, por otro, alerta contra un problema en nada ajeno a nuestro tema, el carácter apologetico de ciertos materiales disponibles: “Otra dificultad es la que procura combinar información con hipótesis interpretativas. El equilibrio es precario: cuando predomina la información *pura*, los datos sólo sirven como insumos [...]; cuando predominan las hipótesis interpretativas sobre una base positiva *blanda*, las mismas denuncian, en el mismo gesto, sus pies de barro. [...] Porque plantean una nueva dificultad de orden metodológico: buena parte de la bibliografía se compone de testimonios de editores o de homenajes a editores; o sea que, o bien caemos en la subjetividad de la primera persona, o bien en el tono apologetico de quienes, muchas veces seguidores o discípulos, los admiran” (2008: 1-2).

¿Qué tienen en común estos nombres? En principio, formar parte del colectivo de “argentinos *intelectuales* residentes en Barcelona”, y haber participado como ponentes en un coloquio organizado por Estela Peláez, representante del Consulado General de la República Argentina, y desarrollado en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona los días 13, 14 y 15 de febrero de 1995. Cada jornada fue convocada en torno a un eje temático: cultura, literatura y lengua. No se trataba de un coloquio sobre exilio, tampoco sobre traducción. Pero ambos temas fueron tratados. Los ponentes habían sido invitados sin distinción de modalidad emigratoria o profesión, todos unidos en el ambivalente rótulo identitario del “intelectual argentino en Barcelona”. Esa ambivalencia venía inscripta, de hecho, en el título mismo del evento, que por lo demás anclaba el carácter foráneo de esa identidad en la diferencia lingüística: “Los pelos en la lengua”. Una pregunta se impuso: ¿los pelos en la lengua de quién? Es sabido que la locución “no tener pelos en la lengua” expresa el decir frontal y franco de quien no teme decir verdades a nadie. Conforme a esta figuración, el intelectual argentino en España sería el “pelo” en la lengua madre: aquel que incomoda el monólogo peninsular; un pelo en la lengua como un palo en la rueda. Sin embargo, en vista de lo discutido en la reunión de los días 14 y 15 de febrero, la lengua de los argentinos en Barcelona aparece más bien como una lengua sin derecho a la frontalidad, más bien vacilante, que se justifica por aquello que no puede decir del todo: su natalidad, su naturalidad diferente y, sobre todo, su escasa rentabilidad. Veamos esto.

Del evento quedan apenas algunos testimonios de ponentes, recuerdos dispersos, dos o tres títulos de ponencias consignados en bio-bibliografías y un solo texto completo disponible en línea, el de Antonio Tello. Ningún archivo oficial lo ha registrado y tan sólo contamos con una noticia periodística para proporcionar una visión de conjunto. Se trata del artículo “¿Lejía o lavandina? Los intelectuales argentinos residentes en Barcelona analizan durante tres días su situación” de Sabih Ayén, publicado 16 de febrero de 1995 en el suplemento cultural de *La Vanguardia*. De aquello que el periodista recoge, interesa señalar las temáticas tratadas: 1) los diferentes motivos para emigrar, 2) la relación de los emigrados con el mundo del trabajo, 3) la relación con Europa, 4) la relación con España. En cuanto a la relación con Europa y España, entre las representaciones estables de la discursividad exiliar, habría dominado aquella pasible de expresar diversos motivos de emigración, es decir, no la de los “exilios cruzados”⁸, corriente en los setenta-ochenta, sino la del “viaje invertido de los abuelos inmigrantes”. Así, Edgardo Dobry, emigrado en 1986, habría condensado la clave de un nuevo exilio pos-exiliar: “los argentinos somos europeos nacidos en el exilio. Ir a

⁸ Es decir, el ideograma que establece una representación especular entre la labor editorial de los republicanos españoles en América (1936-1975) y los argentinos recién llegados a España (1976-1983). Desarrollamos esta idea en “La promesa y la deuda: apuntes sobre la lengua de traducción en la Serie Novela Negra de Bruguera (1977-1981)”, publicado Actas de las Segundas Jornadas Internacionales 'Formación e Investigación en Lenguas Extranjeras y Traducción'. Buenos Aires, Edición del IES en Lenguas Vivas - AEXALEVI, 2010.

Europa es volver” (*La Vanguardia*, 16/2/95). Se trata de la figura del argentino ‘más europeo que latinoamericano’, que ‘pertenece’ a la cultura central y a la vez goza de la distancia crítica que le otorga su perspectiva periférica, la ‘mirada exterior’. En lugar de una “doble no pertenencia” cultural (Saïtta, 2007: 25), la imagen construye una doble (y noble) pertenencia: la del europeo de vieja cepa⁹.

En cuanto al segundo tema de discusión, el de la “relación con el trabajo”, la figuración del exilio en su versión ‘década del noventa’ entra en tensión con una visión menos apologética de la identidad migrante pos-exiliar: la de argentino ‘mano de obra’ editorial. Las mesas dedicadas al tema de la literatura y la lengua contaron con ponencias de los escritores-traductores Marcelo Cohen (14/02/95) y Andrés Ehrenhaus (15/02/95). Ayén nos informa sobre lo dicho en esa ocasión: “*El núcleo del debate lingüístico fue: ‘¿Debemos escribir lejía o lavandina, tal como lo aprendimos?’.* Para el escritor Marcelo Cohen, ‘lo que requiera el texto, porque yo soy lejía y lavandina al mismo tiempo’” (16/02/95, *La Vanguardia*). Es decir, Cohen habría reivindicado la adopción de una identidad lingüística doble, una suerte de bidialectalismo. No obstante, tras décadas de experiencia lingüística catalana, es probable que quienes habían concurrido aquella semana al Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona conocieran la relación, y la diferencia, entre bilingüismo y diglosia. En su intervención, Ehrenhaus introduce esa diferencia: “*El traductor Andrés Ehrenhaus –escribe Ayén– se confesó ‘un traidor remunerado, dedico seis horas diarias a trasladar textos a ese pastiche híbrido dictado por las editoriales. Contribuyo a eso y me autocensuro. Por eso escribo, para cohabitar con el traidor que llevo dentro’*” (16/2/1995, *La Vanguardia*). El tono humorístico no ocultaba que el bidialectalismo entre los traductores argentinos podía ser una definición subjetiva –“yo soy ‘lejía’ y ‘lavandina’”– pero no una opción profesional, ámbito en el cual, bilingüe o no, los contextos de aceptación de variedades regionales de la lengua castellana en los soportes impresos no contemplaban preferencias subjetivas: en ellos la lengua era “dictada”. Ehrenhaus introducía así una de las claves de aquello que distingue la escritura directa de la escritura en traducción, cuando de libros se trata, a saber que la segunda presenta una dependencia mayor de las leyes del mercado puesto que obedece a un encargo editorial.

Sea como fuere, sendas representaciones –la del argentino emigrado como “americano de cepa europea” y la del argentino emigrado como “escriba del mercado”– sólo en apariencia entraban en tensión. En efecto, la función ennoblecedora de la inversión

⁹ Otra era la representación del exilio en los setenta y ochenta. Lejos quedó el coloquio realizado el 24 de febrero de 1983 en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, en el que Cristina Peri Rossi y Daniel Moyano pedían por una mayor inclusión de los exiliados, y aun más lejos esa imagen doliente del argentino venido con el exilio masivo, sufriente y a la deriva, compuesta por Ferran Monegal en 1976: “*Si se cruza usted con un hombre cansado, cabizbajo y macilento, que arrastra los finales de palabras con cierta melancolía, salúdele. Es un argentino*” (*La Vanguardia*, 3/10/76), palabras que el escritor-traductor Eduardo Goligorsky aún recordada con emoción –“hasta las lágrimas”– en 1984 en un texto sobre el fin del exilio y la compleja decisión del retorno, cuyo significativo título marca aún más la distancia con las representaciones exiliares acuñadas en los noventa: “Expatriación: calvario de ida y vuelta” (*La Vanguardia*, 05/02/84).

“argentinos exiliados en España” por “europeos exiliados en América” no acaba de ocultar el deslizamiento del término “exilio” hacia el de “migración económica”: el fenómeno inmigratorio masivo mayoritariamente procedente de Europa entre fines del XIX y las primeras décadas del XX, que opera como referente de la figura “europeos exiliados en América”, obedecía a motivos económicos¹⁰. Si los exiliados en las décadas del setenta y del ochenta se veían y solían ser vistos en el espejo del exilio republicano español (Tusquets, 1982), y mencionados en los medios impresos como representantes de una deuda que España debía saldar en medio de la grave crisis económica de la transición democrática (Barral, 1978), en la década del noventa el colectivo de “intelectuales argentinos en Barcelona” proponía un espejo público en el que los aspectos económicos parecían signar la identidad migrante. Y, en este sentido, las menciones de los escritores-traductores citados, Cohen y Ehrenhaus, venían a ratificar ese desplazamiento: la lengua del mercado es una de las claves interpretativas del “exilio en la lengua”. La síntesis contundente de estas nuevas representaciones del pos-exilio procede de las ponencias de Ana Teberosky y Daniel Alcoba:

La psicóloga Ana Teberosky reveló las fuentes del sustento de gran cantidad de la emigración argentina: se dedican a trabajar “como ‘negros’ de la escritura en editoriales y medios de comunicación”. Así, se dio algo tan extraño como es que un poeta, Daniel Alcoba, se felicitara de que las editoriales españolas funcionen como “fábricas de coches”. Y es que eso “garantiza el trabajo” (16/01/1995, La Vanguardia).

Así pues, la descripción de este evento permite hipotetizar nuevos motivos para la construcción de las listas en el presente: la memoria del exilio de traductores en Barcelona, que también ha comenzado a plasmarse en forma impresa a través de ensayos y textos periodísticos de algunos de sus representantes conspicuos (Cohen, 2006; Ehrenhaus, 2011 y 2012; Catelli, 2012), se ha construido sobre el recuerdo de un período pos-exiliar, los años noventa, cuando el proceso de reducción del “exilio” al problema de la lengua ya estaba prácticamente instaurado. Se trata de una memoria centrada en el tema lingüístico-editorial, que se permite decir “sin pelos en la lengua” aquello que los años setenta y ochenta apenas era un murmullo textual¹¹: el meollo del “exilio en la lengua” es una problemática profesional, que afecta en particular al conjunto de los trabajadores textuales (Arrojo, 2003). La artificiosa homogeneidad de

¹⁰ Explica Fernando Devoto: “Para el período de la inmigración de masas, desde las últimas décadas del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, la cuestión de definir qué es un inmigrante parece a primera vista bastante sencilla. Se trataría de los europeos más o menos pobres, campesinos, varones, mayoritariamente analfabetos, que arribaban a nuestro país para ‘hacer la América’, en su propia perspectiva, y para poblar el desierto, en la perspectiva de las elites argentinas. Cuanto mayor fuese esa capacidad de trabajo, principal virtud que se les asignaba, mayor sería su valor” (2003: 21).

¹¹ El artículo del escritor-traductor Marcelo Cohen, “La traducción, un oficio disparatado”, publicado en *La Vanguardia* el 28 de diciembre de 1982, podría considerarse una de las reflexiones públicas sobre el problema de la variedad de lengua, realizadas por latinoamericanos en España, más tempranamente visible: “Ser flexible significaría entender que el registro del español actual es afortunadamente amplio —que incluye, entre otras cosas, términos que en un país son arcaísmos y en otro coloquialismos— y que hacer un uso privado del idioma no necesariamente es catastrófico si con ello el traductor se acerca a la atmósfera del original” (*La Vanguardia*, 28/12/1982).

las listas que incluían emigrados recientes podría explicarse, entonces, por un mecanismo de construcción retrospectiva de un “nosotros” articulado a la luz de las problemáticas lingüístico-editoriales cuya *audibilidad* en el discurso social (Angenot: 2010) data de un período posterior al exilio. Este análisis nos alertaba sobre el riesgo de proyectar anacrónicamente o postular la centralidad de problemáticas cadentes en períodos posteriores, posiblemente ligadas al “auge visibilizador de la traducción” y a la progresiva centralidad adquirida por el problema de la variedad de lengua en traducción en las últimas décadas. Así lo sugería Ehrenhaus:

[En los setenta] nosotros no éramos “nosotros”, éramos cada uno por su cuenta. Y el desarrollo de la conciencia de la responsabilidad del traductor, yo creo que en la gran mayoría, es bastante tardía y en algunos inexistente. Los que nos pusimos en la responsabilidad del traductor, esto ya nos agarró un poco después. [...] Porque lo primero que tenés que hacer es garantizarte el trabajo, y las relaciones de trabajo y una cierta presencia en el sector. A partir que podés negociar con un poco más de fuerza, podés plantear problemas morales, o éticos o de responsabilidad con respecto a la lengua (Andrés Ehrenhaus. Entrevista personal, noviembre de 2010, Barcelona).

El evento “Los pelos en la lengua” constituye, por tanto, una pieza clave para comprender el uso de una categoría amplia de “exilio” en testimonios actuales y para apuntalar nuestra interpretación de las metáforas del “exilio en la lengua” como figuración de condiciones de producción literaria exiliares, que afectaron fundamentalmente a los trabajadores textuales, en palabras de Arrojo (2003), entre los que sin duda destacan los traductores del exilio.

3. Redes, contactos y cadena migratoria

Ahora bien, ¿por qué la distinción de modalidades migratorias debería tener tanto interés para una investigación sobre la historia de los traductores del exilio? Dada la vasta difusión entre escritores (Donoso, 1980; Martini, 1993; Cohen, 2006) y estudiosos de la literatura del exilio de la tesis que sostiene la consustancialidad de exilio y literatura argentina (De Diego, 2003), y aun la identificación de ambas categorías entre historiadores de la traducción en el exilio (Ruiz Casanova, 2008), ¿por qué insistir en una distinción analítica entre exiliados políticos, emigrados previos al golpe o residentes de larga data? En principio, porque esa distinción enriquece el estudio histórico de nuestra “escena de traducción en el exilio”, dado que permite reconstruir las dinámicas contingentes de integración en el mundo del trabajo, y en la industria editorial en particular, así como vislumbrar qué figura de traductor es la del “traductor exiliado”. Es decir, permite comprender el funcionamiento de la “cadena migratoria”: quiénes facilitaron trabajos editoriales a los recién venidos, qué valor tenía “traducir” y “dar a traducir” en la precaria situación inicial, como veremos en el último apartado.

No es objeto de estas páginas desarrollar el tema en detalle; pero es válido apuntar que, como en cualquier instancia de migración colectiva, se tramaron redes de solidaridad y

contactos personales, que a su vez se vincularían con los focos de trabajo editorial: Mario Muchnik, Bruguera, Martínez Roca, Minotauro, por mencionar los casos editoriales estudiados en nuestra tesis. Para analizar esa cadena migratoria, puede ser útil introducir clasificaciones de dos tipos: por capas migratorias y por focos laborales. La primera distinción neta entre “capas migratorias” fue registrada en el testimonio de José Donoso referido al recambio generacional entre los latinoamericanos afincados en Barcelona:

Se viene mezclando con este grupo inicial una nueva generación bastante más joven que comienza a brillar después del boom. Son pocos los que viven en Barcelona –los chilenos Mauricio Wacquez y Hernán Valdez; los colombianos Rafael Humberto Moreno Durán y Oscar Collazos; el argentino Alberto Cousté y su mujer Susana Constante; algunos editores argentinos que han logrado posiciones estratégicas, como Mario Muchnik, Paco Porrúa y Santiago (sic) Rodrigo– (Donoso, 1984: 148).

Si bien la “lista de Donoso” establece un primer corte clasificatorio entre los latinoamericanos del *boom* y los del pos-boom¹², las “posiciones estratégicas” mencionadas no se conquistaron en los mismos tiempos ni por idénticos motivos: Paco Porrúa, por ejemplo, ya era un editor y traductor de trayectoria cuando, en el año 1977, migra con su proyecto editorial a Barcelona; Mario Muchnik, heredero del imperio paterno, era un editor profesional con conocimiento del oficio cuando en los setenta ochenta radica sus negocios en esa misma ciudad; Ricardo Rodrigo, en cambio, tras su emigración a la península a comienzos del setenta, evoluciona en el mundo de la edición desde su trabajo como corrector tipográfico de Bruguera en 1973 hasta su conversión en el gran empresario del multimedia español RBA.

Del testimonio de Donoso es importante destacar, sin embargo, la dimensión “latinoamericana” del espacio migratorio, indicio de una convivencia y sociabilidad regional antes que exclusivamente nacional. Esta dimensión también aparece en el testimonio de Rodrigo, que añade una cronología de arribos al señalar la función de los “latinoamericanos de Castelldefels” –Carlos Sampayo, Marcelo Covián, Alberto Cousté– en su inserción en el medio editorial español de los primeros setenta, cuando “*Barcelona era la gran capital latinoamericana del exilio*”. En síntesis, el primer elemento a tener en cuenta, entonces, a la hora de analizar la cadena migratoria y sus funciones son las etapas o períodos de radicación de argentinos en Barcelona. El segundo elemento a retener es la presencia de contingentes exiliados de otros países latinoamericanos, como Chile y Uruguay, señalados por Donoso y Rodrigo, y reiterado por Nora Catelli:

¹² Corte también ligado a su revisión de la categoría “exilio” aplicada a los escritores del Boom: “*Sería necesario aclarar que desde la óptica de hoy [1984] los escritores del boom, pese a que usé la palabra exilio en relación con ellos y su recreación de sus espacios nativos desde fuera de sus países de origen, no eran propiamente hablando exiliados, ni su literatura fue una literatura del exilio. Es sólo a partir de la década del 70, cuando el exilio se ha convertido en algo esencialmente político, que se puede hablar de una literatura escrita en el exilio y que encarna el exilio, cuando los autores ya no pueden regresar a sus países*” (1984: 148).

Hubo y hay al menos tres generaciones de traductores latinoamericanos en la España de los últimos cuarenta años. Los que habían llegado antes de nuestros golpes de Estado, desde José Donoso, María Pilar Donoso y Alberto Cousté a Marcelo Covián o al evanescente Federico Gorbea. Los exiliados que eran además narradores, poetas, dramaturgos, humoristas, periodistas o profesores: esa lista extensísima en la que no se puede prescindir de Mario Merlino, Rodolfo Vinacua o Susana Constante. Los que todavía no tenían oficio, porque llegaron casi en la adolescencia o en la primera juventud y se convirtieron en traductores y correctores en España, aunque conservasen el oído doble y, por ello, fuesen doblemente conscientes de que la traducción es elección y en su caso lo sería¹³, siempre, entre dos léxicos, dos argots, dos organizaciones de la frase, dos espíritus del lugar: Gerardo di Masso, Andrés Ehrenhaus, Jonio González (Catelli, 2012).

La distinción por generaciones propuesta por Catelli es un criterio funcional a la hora de reconstruir aquellos eslabones de la cadena migratoria que incidieron en la inserción editorial en general. Sin embargo, aplicada a la traducción en particular, el repertorio introduce un nuevo problema: el fundamento del valor que subtiende la ejemplaridad de las trayectorias traductorales mencionadas. Analicemos esta cuestión.

4. Figuras de traductor: el problema de la ejemplaridad

Suele mencionarse el aporte sustancial de la historia de la traducción a la teoría de la traducción, a la enseñanza, a la práctica. Sin embargo, la construcción de un relato histórico no es ajena al marco teórico que se asuma en ese proceso. En su obra póstuma *Pour une critique des traductions: John Donne*, editada en el año 1995, Antoine Berman mencionaba la hoy día tan mentada necesidad de incluir al traductor en un relato que lo tenga como sujeto. Desde su óptica, ir “en busca del traductor” constituía, en esa fecha, un giro metodológico en los estudios de traducción y un paso necesario a la hora de restituir la visibilidad de la práctica y su agente. El rasgo que constituye la figura de traductor propuesta por Berman no es su mera dedicación a la práctica, sino que en ella haya investido algo del orden de lo “pulsional”. La “pulsión traductora” es el concepto necesario para comprender el tipo de figura de traductor propuesta por Berman, entre otros. Por tanto, la pregunta “¿quién es el traductor?” presupone una serie de interrogantes referidos a la relación del traductor con las lenguas y la escritura¹⁴. Sin embargo, Berman sostiene que las preguntas destinadas a

¹³ El análisis del evento “Los pelos en la lengua” reveló, no obstante, que la conciencia lingüística entre traductores argentinos emigrados no tiene correlato en las “decisiones” traductorales, pues las estrategias traductorales estaban condicionadas por las estrategias editoriales: “dedico seis horas diarias a trasladar textos a ese *pastiche híbrido dictado* por las editoriales”, sostenía Ehrenhaus.

¹⁴ Esas preguntas versan sobre su identidad nacional –si es nativo o extranjero–; su dedicación a la práctica –profesional, ocasional, en alternancia con otras actividades–; si tienen producción como escritor (“autor” dice Berman); el tipo de vínculo con las lenguas de traducción, es decir, si es bilingüe o políglota, de qué lenguas y a qué lenguas traduce, qué clase de obras traduce, si es polítraductor o monotraductor –esto es, si es traductor “exclusivo” de cierto escritor–, si ha hecho obra de traducción y cuáles son sus principales traducciones, si escribió prólogos, artículos, estudios o tesis sobre las obras traducidas, sobre la traducción o temas afines, es decir, si ha reflexionado sobre su práctica y de qué modo lo ha hecho (Berman, 1995: 73).

dar relieve a la figura del traductor serán relevantes y significativas sólo en la medida en que sean remitidas a tres parámetros: la posición traductiva, el proyecto de traducción y el horizonte de traducción.

La “posición traductiva” puede rastrearse tanto mediante el estudio de las traducciones propiamente dichas cuanto mediante el registro de las “diversas enunciaciones del traductor sobre sus traducciones, sobre el acto de traducir o sobre cualquier otro ‘tema’” (1995: 75). Por lo demás, Berman, denomina “horizonte del traductor al conjunto de parámetros lingüísticos, literarios, culturales e históricos que ‘determinan’ el sentir, la acción y el pensamiento de un traductor” (1995: 79). Sin embargo, para el autor, el traductor no estaría determinado por, ni plenamente sometido a, este horizonte. Por el contrario, la posición traductiva es el “resultado de una elaboración” y entraña una intervención de orden subjetivo a la hora de asumir una posición frente al texto literario, o lo que él denomina “obra” (1995: 75).

Esta perspectiva fue cuestionada por la representante de la sociocrítica de la traducción, Annie Brisset, en un artículo titulado “L’identité culturelle de la traduction. En réponse à Antoine Berman” (1998). El programa de Berman, declara la autora, se constituye entre dos polos antagónicos: por un lado, la noción de “horizonte”, que implica una toma de posición histórico-funcionalista sobre la traducción; y, por otro, la afirmación de una subjetividad traductora pasible de sustraerse a toda “determinación” histórico-social. Brisset cuestiona esta concepción de traductor capaz de “sustraerse a voluntad a las representaciones simbólicas constitutivas de su cultura” (1998: 32). En tal sentido, define al traductor como “portavoz de una sociedad que se ha forjado un sistema de representaciones o lo que se llama un imaginario” (1990: 32).

En principio, ambos enfoques teóricos entrañarían modos diferentes de historiar la traducción y sus funciones –literaria, en Berman; ideológica, en Brisset–. La primera parece presuponer el valor estético de la práctica, valor que justificaría la ejemplaridad del agente y sus productos, mientras que la segunda permite interrogar ese valor y su fundamento social sin postularlo a priori. Pese a responder a tradiciones teóricas disímiles, los enfoques de Berman y Brisset podrían articularse. Sus concepciones del traductor como sujeto individual –atravesado por una “pulsión” traductora inconsciente– o social –atrapado en las redes del discurso posible– no son necesariamente antagónicas. Ambas figuras pueden intersectarse en función de la escala de análisis y de las herramientas teóricas aplicadas, como demuestra Jean Marc Gouanvic (2006) al proponer un estudio de *trayectorias individuales* desde el marco teórico de la sociología de la traducción.

Estas escuetas referencias teóricas, habilitan una pregunta: ¿qué criterios fundamentan la representatividad como traductores de José Donoso¹⁵ y Pilar Donoso? ¿Qué valor

¹⁵ Para pensar esta “ejemplaridad” debemos remitirnos a la “posición traductiva” de Donoso. Ésta podría rastrearse en su novela *El jardín de al lado* (Seix-Barral, 1981). En ella, se diseña una “escena de

específicamente traductológico torna “imprescindible” la mención de Vinacua o Constante como traductores emigrados? ¿Por qué ellos? ¿Por qué no Goligorsky, Vázquez-Rial, Ana Goldar (Poljak) o Ana Becció, cuyas trayectorias traductivas resultan harto interesantes desde una perspectiva traductológica? ¿Por qué no Horacio González Trejo, que parece haber sido un destajista acabado, con un volumen inmenso de traducciones sobre los temas más variados? Los nombres, en una lista, no dicen nada más allá de sí mismos; tan sólo señalan la necesidad de articular las fuentes testimoniales –las “listas” testimoniales– con la inspección de catálogos, traducciones realizadas y otras fuentes pasibles de operar como contextos explicativos.

En este sentido, el listado propuesto en las páginas de la revista cultural Ñ plantea una cuestión teórica de gran interés para la reconstrucción de nuestra escena de traducción: ¿qué “figura de traductor” nos proponemos considerar? El abordaje metodológico de una figura de traductor literario, a la manera de Berman, sin duda será otro que el enfoque asumido en el marco de una “biografía colectiva” de importadores literarios, conceptualizada por el sociohistoriador Blaise Willfer (2002). En este último caso, los criterios de identificación no serán necesariamente literarios o estéticos, sino que estarán centrados en determinar la función y jerarquía en la división del trabajo de los agentes involucrados en el proceso de importación literaria en cierto campo nacional (Wilfert, 2002); en el primero, en cambio, deberán establecerse parámetros orientados a definir la “obra” de traducción y el “proyecto” de traducción de las figuras presentadas por su ejemplaridad. El problema que se presenta aquí deriva, por tanto, de la necesidad de explicitar qué figura de traductor nos proponemos elaborar. En efecto, si tomamos por caso las trayectorias traductorales de los actores mencionados, hallaremos un recorrido profesional que no necesariamente explica la *ejemplaridad* postulada –cuyo fundamento, por lo demás, debería determinarse a priori: ¿estética, numérica?– pero sí justifica, y aun exige, su inclusión en la “biografía colectiva”. Por ejemplo, entre las obras traducidas por Pilar Donoso figura *La letra escarlata* de Nathaniel Hawthorne, traducida en *tandem* con José Donoso, quien a su vez no parece tener en su haber muchas otras traducciones de libros; De Pilar Donoso, las bases de datos y catálogos de bibliotecas registran globalmente escasas traducciones, entre las cuales figuran títulos tales como *Tus zonas erróneas*, *El éxito en la empresa: cómo conseguirlo y conservarlo*, y apenas unas pocas

traducción” ficcional específicamente emplazada en el contexto espacio-temporal del último exilio latinoamericano, y protagonizada por la versión decadente de un “escritor exiliado”: Barcelona y Madrid entre fines de los setenta y principios de los años ochenta. Julio Méndez, un escritor chileno de tercera línea, es traductor literario, o cuando menos tiene en curso una traducción en *tandem* con su esposa. La representación de la traducción en esta novela pareciera introducir ante todo la tensión entre escritura alimentaria –la traducción– y el deseo de escribir algo “propio”. El atroz final del escritor exiliado es la “humillación” de reconocer que quizá no era sino un buen traductor literario... Esta representación ficcional del traductor en la obra de un escritor-traductor es ejemplar en el sentido señalado por Arrojo y otros estudiosos del “fictional turn”: “*El tratamiento conferido a los personajes en cuestión, como en el sentido común y en la gran mayoría de los abordajes teóricos, refleja concepciones dominantes sobre las actividades tanto de aquellos que se dedican a la producción de originales como de los trabajadores textuales menos prestigiados –traductores e intérpretes, críticos o lectores profesionales– generalmente colocados al margen de cualquier posibilidad de creatividad y reconocimiento*” (Arrojo, 2003).

traducciones literarias más. Entre los libros traducidos por la escritora-traductora Susana Constante, en España, figuran sin duda alguna obras literarias de autores de gran prestigio literario como Apollinaire (Constante, 1980) o Virginia Wolf, pero asimismo autores de diversa calidad literaria, tales como Stephen King, y títulos del siguiente tenor: *Manual de la buena cocina* (Folio, 1982), *Wushu!: gimnasia china para la salud de la familia* (Círculo de Lectores, 1982), *Gran manual del hogar moderno* (Círculo de Lectores, 1985). En esa línea de títulos se inscriben las traducciones de Gerardo Di Masso realizadas para Martínez Roca, por ejemplo, entre fines de los setenta y los primeros ochenta; en cuanto a Rodolfo Vinacua, profesor y periodista rosarino, los catálogos y bases de datos públicos no registran más traducciones de libros que aquella que realizó para una colección de literatura popular, la *Serie Novela Negra*, dirigida por Juan Martini en Bruguera: *Marcada por la sospecha*, de Charles Williams, editada en 1978 (véase Falcón, 2012), y la traducción de los siete volúmenes del *Almanaque de lo insólito: 150 Predicciones, curiosidades, hechos misteriosos, utopías, conducta humana*¹⁶, de Irving Wallace y David Wallechinsky, publicados por Grijalbo entre 1977 y 1978. Este trabajo habría contado con la participación de los traductores José Manuel Álvarez Flores, Roser Berdagué y Esther Rippa.

5. La “traducción solidaria”: otra ética para la práctica

El relevo de las traducciones concretamente realizadas por los traductores citados en la lista permitió introducir una hipótesis sobre la ejemplaridad postulada: ésta podía radicar en la importancia numérica de las traducciones alimentarias realizadas por muchos de los traductores argentinos mencionados en estas páginas. Esta hipótesis planteaba un nuevo y último problema metodológico, apuntado por Clara Foz y Gertrudis Payàs en el artículo citado en apertura: “Definir los conceptos de ‘traductor’ y ‘traducción’ para el pasado implica [...] reflexionar sobre la práctica y los modos de traducción de ese pasado, tratando de no dar por sentadas definiciones tradicionales” (2011: 248).

En este sentido, parecía preciso evitar que la reconstrucción retrospectiva de este período, impulsada por la voluntad de “visibilizar” al traductor, pusiera en escena una figura anacrónica: ¿podíamos hablar de un “traductor literario” exiliado, a la manera bermaniana, en el período recortado por la investigación? Un rasgo recurrente en el perfil del “traductor argentino exiliado” es el carácter azaroso y pecuniario de la incursión inicial en la práctica, pasible de alternar con otras actividades remuneradas, no sólo ligadas a otras formas de escritura por encargo, sino incluso ajenas a la

¹⁶ El contenido de los volúmenes es el siguiente: Tomo I: Predicciones, curiosidades, hechos misteriosos, utopías, conducta humana; Tomo 2: Amor y sexualidad, familia, dinero, más curiosidades, inventos y grandes descubrimientos; Tomo 3: Explorando el tiempo, desastres y violencia, la guerra; Tomo 4: El universo, el origen de la tierra, en la ruta, automóviles, opiniones del ciudadano corriente, salud y bienestar; Tomo 5: Medios de comunicación, el lenguaje, prensa, radio, TV, arte y literatura; Tomo 6: Supervivencia y comportamiento humano, el tránsito al más allá, la religión y la fe, listas insólitas, los deportes; Tomo 7: Pueblos y naciones del mundo.

literatura y aun al trabajo editorial, como la venta callejera o el artesanado. Valga como ejemplo el testimonio del poeta y traductor Alberto Szpunberg:

Ana Basualdo me mandó a ver a un catalán de una editorial, Gustavo Gili. [...] Y yo en lugar de la traducción del francés al español, hice la traducción del francés al argentino¹⁷. Y eso no funcionó. Empecé entonces a hacer muñequitos, artesanías de madera; tenían forma de huevo, con patitas y un cartelito con un mensaje. Iba a vender al lado de la catedral, donde había muchos artesanos (1999: 173).

La imprevisión lingüística del traductor merece destacarse como rasgo propio del “traductor exiliado argentino”, pues se vincula con la improvisación que en muchos casos caracterizó los inicios en la práctica editorial. En efecto, el testimonio de Szpunberg señala el carácter azaroso –no vocacional y autodidacta– de los inicios en la traducción de no pocos traductores emigrados.

Ahora bien, en este y otros casos, la iniciación en la traducción tiene no sólo causas económicas sino insospechados tintes de “solidaridad” laboral. Las fuentes testimoniales indicarían que, en efecto, el “dar a traducir” tenía visos de práctica solidaria y la traducción una función básicamente alimentaria:

Tuve suerte con otros compañeros de exilio que se ubicaron... Bueno, claro que el que tenía una profesión universitaria se ubica más rápido que el que no la tiene y en poco tiempo conseguí trabajo. Cuando llegué empecé a trabajar como traductor en la Editorial Salvat, con un viejo republicano, muy solidario con todos nosotros, tanto argentinos como uruguayos y chilenos. Porque nosotros nos encontramos acá en España con compañeros chilenos y uruguayos, algunos de los cuales habían estado exiliados en Buenos Aires, escapando de sus respectivas dictaduras... este hombre nos daba, nos ayudaba muchísimo. Era el jefe de traducción de Salvat y las traducciones eran una forma de ayudarnos a ir tirando y él lo manifestaba así. Era muy consciente de lo que estaba haciendo (Citado en Silvina Jensen (pp136) Entrevista a A.A., Barcelona, 8/5/1996).

Juan Martini también menciona esta figura singular de la “traducción solidaria”, y lo hace por partida doble: en función de traductor y en función de editor y director de colección. Pues uno de los “efectos” de las cartas de recomendación que llevó consigo al exilio había sido su primera y última incursión en la traducción interlingüística: *La otra locura: mapa antológico de la psiquiatría alternativa*, publicado por la editorial Tusquets en 1982. Se trata de una traducción indirecta –el italiano es la lengua mediadora– de una compilación sobre antipsiquiatría, una temática en boga en el período de la transición. Martini no era ajeno al tema ya que había editado en Rosario un libro del médico-psiquiatra Franco Basaglia y traía consigo una recomendación del autor. La “traducción solidaria” en el caso de Martini procede de la dueña de Tusquets, Beatriz de Moura:

¹⁷ Podría tratarse de *Los equiparamientos del poder: ciudades, territorios y equiparamientos colectivos* de Fourquet y Murard, realizada del francés por Szpunberg en 1978 para Gustavo Gili.

Se le ocurre a Beatriz [De Moura], a mí jamás se me hubiese ocurrido traducir. [S]é un poquito más de italiano, mis abuelos eran italianos, yo fui a la Dante en Rosario. Y Beatriz muy solidaria me dijo, mirá lo que yo tengo en este momento para ofrecerte, si te interesa este libro que lo vamos a publicar, que lo traduzcas. [...] Y lo traduje, me animé a traducirlo, no era muy técnico, salvo algún artículo (Juan Martini. Entrevista personal. Buenos Aires, agosto de 2010).

Traducir por necesidad no es ciertamente una novedad entre escritores, pero dar a traducir por solidaridad pareciera un gesto poco habitual entre editores, que además revela que, al encargar traducciones a los recién venidos, los editores solidarios tomaban a conciencia colaboradores apenas preparados para la tarea, a riesgo incluso de obtener un producto fallido. La imagen del “editor solidario” entra por tanto en conflicto con la imagen del “editor sólo interesado en el rédito”, deducida del estudio de la prensa cultural del período¹⁸, y sin embargo revela la participación de las patronales en la presencia de traductores improvisados en el mercado¹⁹. Dice Martini:

[Ricardo Rodrigo], en ese momento, fue muy solidario; él recibía a todo el mundo, escuchaba mucho, muy inteligente, tenía una inteligencia, una intuición, él escuchaba: [le decían] ‘yo puedo traducir del inglés, del alemán’... A lo mejor ese día, esa semana, no, pero te llamaba o te hacía llamar y te encargaba una traducción. Él era un tipo solidario, él dio laburo (Entrevista personal, Buenos Aires, noviembre de 2010).

Martini relaciona esta función integradora en el mercado laboral de la traducción como “práctica solidaria” con dos datos de interés para comprender las posibilidades de inserción editorial de traductores y futuros traductores exiliados: por un lado, considera relevante el hecho de que en esos fines de los setenta incluso las editoriales

¹⁸ Este tema ha sido desarrollado en el cuarto capítulo de nuestra tesis, titulado “Crítica: traidores, ladrones y sudacas”. Baste, no obstante, como prueba este sincero testimonio del editor Carlos Barral: “Los traductores constituyen un gremio natural de desesperados fácilmente explotables, del que forman ocasionalmente parte escritores con vocación o con afición a traducir o que, en estado de necesidad, son también fácilmente explotables” (*La Vanguardia*, 25/06/1981). Barral aboga por un mandarinato de la traducción, y divide a los traductores en traductores de “literatura de kiosco” y “traductores de alta literatura”.

¹⁹ Los principales historiadores de la traducción en la España de la transición democrática, Valentín García Yebra (1994), Miguel Ángel Vega (2004) y Luis Pegenaute (2004), coinciden en situar una serie de cuestiones que, reunidas, hacen a la especificidad traductográfica del período de la transición: la importancia del volumen de traducciones literarias, la discusión pública sobre la calidad de esas traducciones, la escasa valoración social de la práctica, las inestables condiciones profesionales de los traductores y la necesidad de una formación académica. Estos temas aparecen en sus trabajos causalmente vinculados entre sí, pues la calidad de las traducciones constituye en esta etapa una problemática cadente en el contexto de “espectacular avance numérico de la actividad traductora” y lleva a los autores a postular la necesidad de su enseñanza. Los autores coinciden asimismo en señalar un giro en la valoración de la práctica y su agente a partir de la década del ochenta, giro vinculado – como causa y consecuencia a un mismo tiempo – con un proceso de institucionalización y profesionalización del ámbito traductivo: consolidación de gremios o asociaciones de traductores e intérpretes, discusión sobre la ley de propiedad intelectual, creación de premios nacionales de traducción, primeras convocatorias a congresos, reuniones o jornadas especializadas nacionales e internacionales; y, ya entrados los ochenta hacia los noventa, formación de instituciones de enseñanza de grado y posgrado.

más grandes, como Bruguera o Planeta, aún podían considerarse “editoriales familiares” y, por tanto, favorecer un acceso menos mediatizado que los conglomerados constituidos en el proceso de concentración y transnacionalización editorial de los años ochenta en adelante (De Diego: 2009); por otro, relaciona el tipo textual con los niveles de “flexibilidad” en el trabajo sobre las traducciones; pues según Martini, Bruguera otorgaba gran “importancia a la traducción, [pero] en las colecciones de género esto era más flexible, por así decirlo; además era un canal por el cual se le podía dar a los traductores argentinos laburo” (Entrevista personal. Buenos Aires, agosto de 2010, Buenos Aires). Este dato introduciría un matiz en la generalizada postulación de la “invisibilidad” del traductor y señalaría la presencia de una jerarquía del valor interna a la práctica del traductor, cuyo habitual borramiento en todo caso estaría sobredeterminado por la valoración del género traducido, en este caso la novela negra, género concebido como popular y subliterario –pese a la continua prédica en contrario del mismo Martini en sus prólogos a la colección *Serie Novela Negra*–²⁰.

En síntesis, el posible efecto de la inexperticia sobre la calidad de esas “traducciones solidarias” derivaría menos de la avidez comercial de las editoriales, como se planteaba en este período, que de cierta generosidad “desinteresada”: dar trabajo es “dar una mano” al exiliado, saldar “la deuda inoportuna”.

Conclusiones

En estas páginas, hemos expuesto apenas algunas de las reflexiones derivadas de nuestro proceder en el trabajo de investigar un tema que articula dos temáticas –la traducción y el exilio– cuyo auge en la agenda cultural y académica actual impone a quien las indaga problemas metodológicos derivados de esa “candencia” o actualidad: la proliferación de testimonios, memorias, reconstrucciones retrospectivas, legítimas voluntades visibilizadoras, sin duda, marcadas todas ellas por la huella indeleble de la parcialidad testimonial.

Al estudiar la conjunción entre “exilio y traducción”, nuestro objetivo ha sido dar cuenta de la presencia de argentinos exiliados o emigrados en la industria editorial española, centrándonos en la práctica de la traducción y los problemas asociados con la identidad lingüística de los traductores emigrados. No postulamos *a priori* el lugar que ocuparon en ese proceso ni el valor literario de las obras importadas.

Lo investigado en nuestra tesis inclina, no obstante, a plantear que en el período exiliar determinado en nuestra investigación (1976-1983) primó una función alimentaria, en

²⁰ Esto podría iluminar algunas de las prácticas de manipulación dominantes en esa colección, y asimismo explicar por qué la colección *Serie Novela Negra* no consigna traductores en tapa, siendo que a comienzos de los ochenta, Bruguera fue una de las primeras editoriales en consignar el nombre del traductor en portada, cumpliendo así con una de las recomendaciones sobre protección jurídica de los traductores, firmadas por España en noviembre de 1976 con motivo de la Conferencia General de la Unesco.

la que sólo algunos casos individuales derivaron, a partir de mediados de los ochenta, en trayectorias traductorales literarias, duraderas y vocacionales, sobre las que puedan aplicarse los conceptos bermanianos de “pulsión traductora”, “proyecto” y “obra” de traducción.

La disponibilidad de los intelectuales y agentes de la cultura en contexto de exilio predispuso a su inserción en la industria librera; la participación de argentinos y otros emigrados latinoamericanos en las filas editoriales peninsulares estuvo dominada en la gran mayoría de los casos por la necesidad de trabajo y, por tanto, gobernada por las leyes de ese mercado. En ese sentido, centrarnos exclusivamente en las facetas ligadas a la “nobleza” o “distinción” de la producción literario-editorial, o bien plantearnos la “ejemplaridad” de ciertas figuras sin explicitar el fundamento del valor que apuntala esa ejemplaridad, implicaría ya distorsionar el peso real de ciertas trayectorias traductivas, en detrimento de otras; ya desestimar una serie de prácticas reveladoras de la posición concreta de los emigrados en el campo cultural receptor y su función como mano de obra disponible y calificada a un mismo tiempo.

La incursión casual, momentánea o duradera en la práctica traductora, las restricciones lingüísticas, la solidaridad con los recién llegados, la explotación de los recién llegados, son todas ellas facetas, por momentos en tensión, de la relación surgida del cruce material entre “exilio y traducción”. Las palabras de Sampayo y Muñoz en el prólogo de la historieta *Sudor Sudaca* resumen esa relación de manera, quizá, ejemplar:

Tuvimos, como cualquier inmigrante, que adaptarnos a los nuevos códigos. Primero los rechazamos [...]. Si se pudieran resumir, esos códigos estarían englobados en un concepto: el lenguaje. Esto es: el medio de comunicación que usan nuestros anfitriones y que nos vemos obligados a aprender para comunicarnos con ellos. Comunicarnos, en la medida de lo posible, sin tener que traducirnos. Lenguaje que son palabras y articulación de las mismas pero también gestos, preferencias, reacciones [...]. Un nuevo lenguaje es también una moral nueva y, quizá, una ética desconocida.

Bibliografía

1. Fuentes primarias

1.1. Testimonios, ensayo autobiográfico y entrevistas impresos

- Ayén, S. (1995). ¿Lejía o lavandina? Los intelectuales argentinos residentes en Barcelona analizan durante tres días su situación. En *La Vanguardia*, 16/02/1995.
- Barral, C. (1981). Traductores traidores. En *La Vanguardia*, 27/06/1981.
- Barral, C. (1978). Emigración hacia España. La deuda inoportuna. En *La Vanguardia* 29/10/1978.
- Catelli, N. (2012). Traductores argentinos en España. Traslados, exilios y debates. En *Revista Ñ*, 468. Recuperado de http://www.revistaenie.clarin.com/esta-senaba-en-la-revista-enie_0_778122434.html
- Cohen, M. (2006). Pequeñas batallas por la propiedad de la lengua. En S. Molloy y M. Siskind (ed.) *Poéticas de la distancia. Adentro y afuera de la literatura argentina*. Buenos Aires: Norma.
- Cohen, M. (1982). La traducción un oficio disparatado. En *La Vanguardia*, 28/12/1982.
- Constante, S. (1980). «Apollinaire: La fiesta interrumpida» y muestra de la traducción de Zona, traducida con Alberto Cousté para Tusquets Editores. En *Camp de l'Arpa*, 57-59.
- Donoso, J. (1980). «El exilio en la lengua», Entrevista de Julio Nudler. En *Clarín*, 31/07/1980.
- Donoso, J. (1984). *Historia personal del "boom"*. Con apéndices del autor y de María Pilar Serrano. Buenos Aires: Sudamericana-Planeta.
- Ehrenhaus, A. (2012). Traducción argentina en España. Hacia una poética de la experiencia. En Adamo, G. (ed.) *La traducción literaria en América Latina (193-209)*. Buenos Aires: Paidós.
- Ehrenhaus, A. (2011). Miento para la corona. En *Ñ Revista de Cultura*, 414.
- Martini, J. (1993). El exilio literario y el exilio geográfico. La patria de los escritores. En *Página/12*, 25/07/1993.
- Sampayo, C. (1990). Sudores. En C. Sampayo y J. Muñoz. *Sudor Sudaca*. Barcelona: La Cúpula.

Szpunberg, A. (1999). Una valija a medio abrir, a medio vaciar. En J. Boccanera (ed.). *Tierra que anda*. Buenos Aires: Ameghino.

Tusquets, E. (1982). Réquiem por una utopía. En *La Vanguardia*, 12/08/1982.

1.2. Entrevistas personales

Juan Martini, Buenos Aires, agosto de 2010.

Andrés Ehrenhaus, Barcelona, septiembre de 2010; Barcelona, febrero de 2012.

2. Fuentes secundarias

Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Arrojo, R. (2003). A relação exemplar entre autor e revisor (e outros trabalhadores textuais semelhantes) e o mito de Babel: alguns comentários sobre História do Cerco de Lisboa, de José Saramago. En *DELTA*, 19, 193-207.

Banoun, B. ; Le Moël, S. y Enderle-Ristori, M (2011). *Migration, exil et traduction. Espaces francophone et germanophone XVIII-XX siècle*. Tours: Presses Universitaires François-Rabelais.

Bastin, G. (2006). Subjectivity and Rigour in Translation History. The Case of Latin America. En Bastin, G.; Bandia P. (ed.). *Charting the Future of Translation History*. Ottawa: University Press of Ottawa. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/35424380/Charting-the-Future-of-Translation-History>

Berman, A. (1995). *Pour une critique des traductions: John Donne*. París: Gallimard

Brisset, A. (1998). L'identité culturelle de la traduction. En réponse à Antoine Berman. En *Palimpsestes. « Traduire la culture »*, 11, 31-51.

Brisset, A. (1990). *Sociocritique de la traduction*. Quebec: Éditions du Préambule.

Catelli, N.; Gargatagli, M. (1998). *El Tabaco que fumaba Plinio. Escenas de traducción en España y América: relatos, leyes y reflexiones sobre los otros*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Delisle, J. (2003). La historia de la traducción: su importancia para la traductología y su enseñanza mediante un programa didáctico multimedia y multilingüe. En *Ikala. Revista De Lenguaje y Cultura*, 14, 221-239.

Delisle, J. (1997). Réflexions sur l'historiographie de la traduction et ses exigences scientifiques. En Delisle J. ; Lafond, G. *Histoire de la traduction*. CD ROM. Módulo

«thèses, livres et textes». Gatineau (Québec): École de traduction et d'interprétation, Université d'Ottawa.

De Diego, J.L. (2009). Algunas hipótesis sobre la edición de literatura en la España democrática. En Macchiuci R. (ed.), *Los siglos XX y XXI. Memoria del Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas*. Portal de Memoria Académica de la FHCE de la UNLP. Recuperado de: www.memoria.fahce.unlp.edu.ar

De Diego, J.L. (2003). *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*. La Plata: Ediciones al Margen.

Devoto, F. (2003). *Historia de la inmigración en la argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

Falcón, A. (2012). Disparen sobre el traductor: apuntes sobre la figura del 'traductor exiliado' en la serie *Novela Negra* de Bruguera (1977-1981). En *1611. Revista de Historia de la Traducción*. Departamento de Filología Española y Departamento de Traducción, Universidad Autónoma de Barcelona, 5.

Foz, C.; Payàs, G; (2011). Las bibliografías hispanoamericanas coloniales y las Bibliotecas americanas europeas como fuentes para la historia de la traducción. En Pagni, A.; Payàs G.; Willson P. (ed.). *Traductores y traducciones en la historia cultural de América Latina*. México: Universidad Autónoma de México.

Foz, C. (2006). Translation, History and the Translation Scholar. En Bastin, G.; Bandia P. (ed.). *Charting the Future of Translation History*. Ottawa: University Press of Ottawa. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/35424380/Charting-the-Future-of-Translation-History>.

Franco, M. (2008). *El exilio. Argentinos en Francia durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Franco, M. (2007). Sentidos y subjetividades detrás del discurso: reflexiones sobre las narrativas del exilio producidas en entrevistas orales. En *Anuario de Estudios Americanos*, 64. 37-62. Recuperado de <http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/32/31>

García Yebra, V. (1994). La traducción a fines de siglo XX. Realidades y perspectivas. En *Traducción: Historia y Teoría*. Madrid: Gredos.

Gouanvic, J.M. (2006). L'enjeu d'une théorie sociologique de la traduction. En Ballard, M. (ed.). *Qu'est-ce que la traductologie?* Lille: Artois Presses Université.

- Jensen, S. (2006). Ser argentino en Cataluña. Los exiliados de la dictadura militar y la experiencia del pasaje. En *Boletín Americanista*, 56, 133-157. Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/BoletinAmericanista/article/view/99427/160115>
- Jensen, S. (2004). Suspendidos de la historia/ exiliados de la memoria. El caso de los argentinos desterrados en Cataluña (1983-...), tesis doctoral. Recuperado de <http://www.tdx.cat/handle/10803/4800>
- Lates, A.; Oteiza, E. (1987). *Dinámica migratoria argentina (1955-1984): democratización y retorno de expatriados*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Mira, G. (2004). La singularidad del exilio argentino en Madrid: entre las respuestas a la represión de los setenta y la interpelación a la Argentina posdictatorial. En Yankelevich, P. (ed.) *Represión y destierro. Itinerarios del exilio argentino*. La Plata: Ediciones Al Margen.
- Pegenaute, L. (2004). La situación actual. En Lafarga F.; Pegenaute L. (ed.) *La historia de la traducción en España*. Salamanca: Editorial Ambos Mundos.
- Ruíz Casanova, J.F. (2008). Exilio y traducción. En *Saltana. Revista de Literatura y Traducción*, 2. Recuperado de <http://www.saltana.org/2/tsr/58.htm>
- Saítta, S. (2007). Cruzando la frontera: la literatura argentina entre exilios y migraciones. En *Hispanamérica*, 106. 23-35.
- Vega, M.A. (2004). De la Guerra Civil al pasado inmediato. En Lafarga, F.; Pegenaute L. (ed) *La historia de la traducción en España*. Salamanca: Editorial Ambos Mundos.
- Wilfert, B. (2002). Cosmopolis et l'homme invisible. En *Actes de la recherche en Sciences sociales*, 144, 33-46.
- Willson, P. (2008). Centenario / peronismo: dos escenas de la traducción, dos configuraciones del poder. En Feierstein L.R.; Gerling V.E. (ed.). *Traducción y poder (Übersetzung und Macht)*. Frankfurt / Madrid: Vervuert, Iberoamericana.